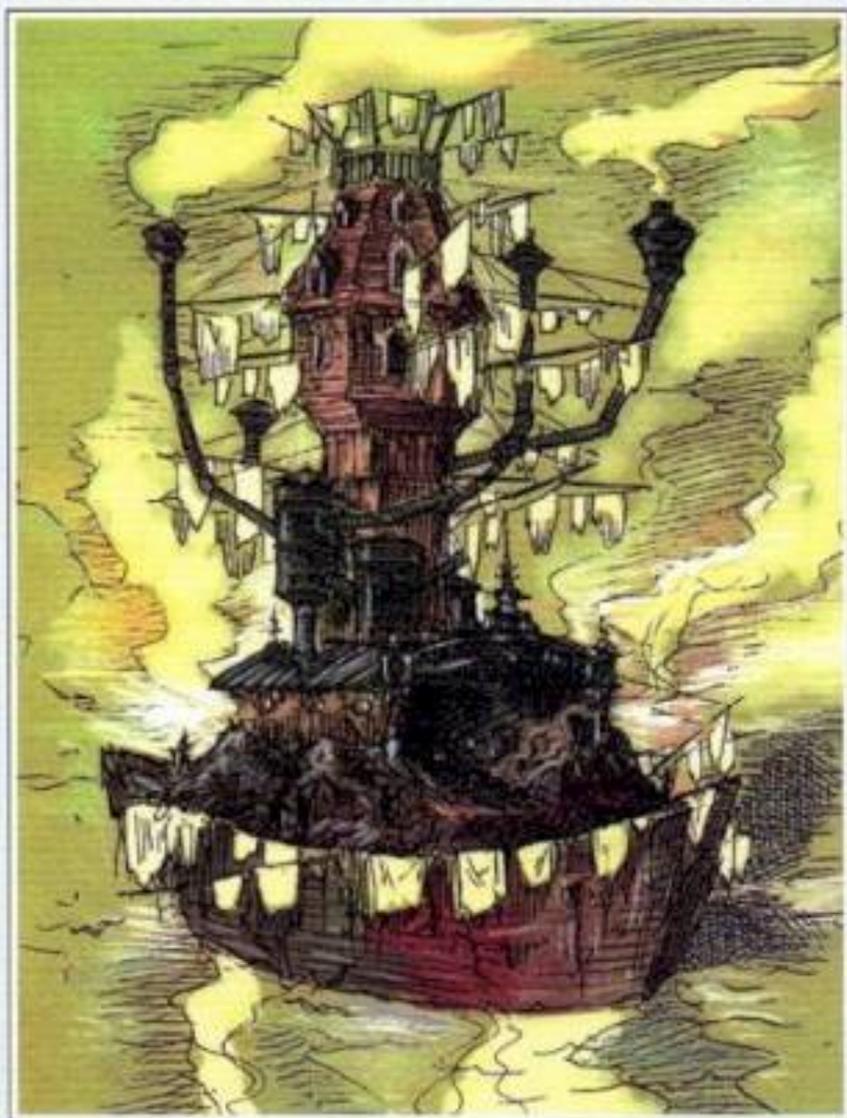


Francisco Nieva



El viaje a Pantaélica

CÍRCULO DE LECTORES

FRANCISCO NIEVA

El viaje a Pantaélica

Seix Barral

Sinopsis

La novela se presenta como el «diario secreto del Caballero Cambicio de Santiago. Año de gracia de 1787» y narra el viaje que, desde una Galicia irreal y dieciochesca, conduce a un joven hidalgo hasta la legendaria —y, al cabo, «ya inexistente»— isla de Pantaélica, no muy distinta de la Sicilia de la época, y poblada en sus callejas, casonas y palacios por toda suerte de seres extravagantes y de turbadores fenómenos. Pantaélica no es solamente una isla de quimera, sino la forma de denominar lo desconocido y portentoso a que se asoma el joven viajero, y que terminará por incorporarse a su experiencia vital.

Autor: Nieva, Francisco

©1996, Seix Barral

ISBN: 9788422658702

Generado con: QualityEbook v0.86

Generado por: Silicon, 29/06/2018

Francisco Nieva

El viaje a Pantaélica

Diario secreto del caballero

Cambicio de Santiago

Año de gracia de 1787

Prólogo especial del autor

Prólogo de Pere Gimferrer

Diseño: Emil Tróger

Ilustración: original del autor

Foto de solapa:

© El País/E. Gutiérrez

© Francisco Nieva, 1994

© 1994, Editorial Seix Barral, S.A.

Depósito legal: B. 600-1996

ISBN 84-226-5870-4

N.º 28159

NUEVO PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

Comprobada la favorable recepción que tuvo mi novela de Pantaélica, me atrevo ahora con mayor confianza a añadir unos comentarios sobre mis intenciones literarias y el modo en que «me programé» para escribirla.

En cualquier caso ¿de qué hubiera servido manifestar todo esto al principio, condicionando la libertad del lector? De algún modo, ya lo advierto discretamente al comienzo del libro y no es difícil de descubrir por un lector atento y favorable.

Pantaélica no es una novela corriente, como la hubiera podido escribir yo mismo en circunstancias normales. La verdad es que se ha «criado» a la sombra y al abrigo de las viejas vanguardias durante treinta años y con una gratuidad y un desinterés muy dignos de ellas, como si fuéramos ricos y tuviéramos mucho tiempo que perder en experimentos artísticos tan dilatados. Un escritor no debiera pasarse la vida confeccionando una sola novela. Pero no era exactamente una novela, sino «una forma de instalarse en ella». Recientemente, el teatro de Bob Wilson me ha procurado

la misma impresión. Ir a ver un montaje de Wilson no es ir a ver «una función», sino a experimentar una forma de estar en el teatro «viendo una función». Que por cierto no es una función cualquiera, porque su designio secreto es enfatizar y abundar en aquel modo de «tomar» lo escénico y de consumirlo. En suma, éste es un libro —con muy ilustres precedentes formales, ya clásicos, pero no escritos con esa intención— que propone un modo de leerse.

La cosa me es muy sencilla de explicar mediante estos ejemplos. No cuidé, como se puede imaginar, de ganarme la vida con una sola novela —tenía otras cosas que escribir bajo especie teatral, que me atraía infinitamente— pero sí de experimentar al margen aquel designio caprichoso que digo, al margen de todo lucro y necesidad. Incluso necesidad expresiva. Mi trabajo no quería terminar, ni me importaba saber a qué me conducía. Pero sólo viviendo de verdad el paso del tiempo en Pantaélica —isla para mí de gran recogimiento y, al tiempo, despliegue de la imaginación— era posible escribir un libro que nos brindase por su naturaleza esta forma tan determinada de tomarlo y de «estar» en él. Al cabo de los años, Pere Gimferrer me arrancó de mi nirvana y lo publicó, honrándome además con una introducción donde ya se insinúa bastante la condición del texto.

En un mundo como el nuestro, donde gustan las cosas de rápido consumo, éste es un libro que sirve, después de «conocido» —¿por instinto, por advertencia de la crítica o del propio autor?—, para estar en él como en un habitáculo novelesco sin principio ni fin, como los salones con horizonte que en él se describen. El «principio» es estar en Pantaélica, entre su injusta y brillante sociedad. Los personajes siempre debe parecer que «han salido ya» páginas atrás. No nos importa lo que totaliza su vida novelesca, sino el estado en que se hallan cuando nos los encontramos o nos los volvemos a encontrar. Son briznas de una totalidad abierta y que se oculta siempre y por ello Pantaélica está llena de argumentos sin desarrollar explícitamente, pero que bastan para «amueblar» ese interior novelesco en el

que podemos descansar y a la vez estimular nuestra imaginación «leyendo una novela».

Y no terminándola ni empezándola, siempre en un estado igual de sorpresa, siempre «de camino» por ella. Novela que pide no ser leída de corrido, libro que pueda emplearse de comodín novelador y que se puede abrir por cualquier parte, para ver «qué está pasando allí». Y para lo cual no puede pasar nada y puede pasar mucho, según lo vayamos descubriendo en las jornadas de camino y el horario que nos queramos marcar. Mi esfuerzo particular frente al realismo literario se basa también indirectamente en la aprobación de otro ritmo nuevo de leer un libro o presenciar una comedia, apreciando el enmarcado del momento, gozando muy apaciblemente de él o desentendiéndonos para gozar de otro momento. En el caso de un texto impreso el lector es visto como viajero caprichoso del libro, seguido por un afanoso artesano que le enmarcara debidamente todos esos momentos.

Así, durante treinta años yo he estado pasando por Pantaélica, a ver «qué se me ocurría en ella», en ese mundo exaltado y disgustoso, donde la vida atrabiliaria —como nos parecen siempre otras organizaciones sociales que no sean la nuestra— nos presenta mejor que nada el extraño y vistoso trabajo que es vivir. Y éste ha sido el único modo de confeccionar un artefacto que ofreciese el particular sabor de un libro que se estuviera escribiendo y leyendo siempre, una «novela interminable» o un «libro de reflexión», como se muestran irónicamente en el mismo texto y quieren decir mucho, como claves secretas, sobre el modo de leerlo. Realmente este texto debe empezar a leerse como si se «continuara», sin saber cómo ni cuándo empezó. También en el teatro de Wilson «se sigue estando» en el teatro recibiendo estimulantes y «adventicias sorpresas», sin importarnos cómo y cuándo empezó. Ni de cuál va a ser su final, ni cuándo acabará, porque sus trabajos son largos y también proponen una forma distinta de pasar el tiempo en un espectáculo. Una totalidad de fragmentos con valor propio, más que inexpresivos fragmentos de una totalidad.

Como ejemplo baste poner a los dos más originales novelistas españoles del siglo, Valle Inclán y Gómez de la Sema, autores de una obra compuesta de fragmentos, de páginas o pequeños bloques de páginas que parecen de circuito cerrado. Las entregas del novelón «interminable» de cada uno.

Siempre me gustaron los libros novelescos empezados de los que no me acuerdo cómo empiezan, que me ofrecen una porción ocasional de su ser, cuando los tomo para relajarme antes de dormir. No voy a estimar por falta de tiempo su desarrollo ni su unidad final, sino su sabor accidental, sus fragmentos. Se acumulan sobre mi mesilla de noche y son como reductos varios, atrezzados y decorados distintamente, entre los que puedo elegir habitar por el tiempo que quiera. Una hora, media hora, incluso un rápido vistazo de «reconocimiento». Entre estos libros, hubiera querido tener una Pantaélica y, al fin, por ello la escribí.

Conseguir esa novela «de estar» en la novela fue, como ya demuestro, mi propósito desde el principio, pero es muy justificable que no lo quisiera declarar como supremo objetivo del libro, en explicaciones programáticas que resultarían algo pedantes, en un prólogo que prometiera cosas que realmente no pudiera cumplir, porque primero era necesario experimentarlo frente al público, sin condicionar con advertencias su lectura.

Pero ese propósito, bien sorprendentemente para mí, se ha cumplido y Pantaélica ha resultado ser efectivamente para la generalidad de sus lectores y el juicio de sus críticos ese libro de compañía que yo deseaba, novela accesorio y artefacto que sirve para usar y «no desechar» inmediatamente. Breviario muy profano y libro de uso para la propia imaginación del lector, que debe «completarlo» por su cuenta cada vez que le eche la vista encima o lo deje. Mayonesa cortada —adrede— para que la ligue el vecino. Y no se piense, por esto que digo, que yo me encuentre plenamente satisfecho de él. Siempre hubiera podido ser mejor, pero en la dirección marcada. Nunca bajo una forma canónica convencional. Ha querido ser un libro «pasivo» de aventu-

ras y de una rapidez que parezca entretenida detención. No se escucha una música rock como un minuetto de Mozart. No se está en ellas, no se habitan esas músicas del mismo modo. Algo hay de muy rápido en el minuetto y de muy detenido en el rock, más caudalosamente fragmentado que el primero. Las dos cosas representan bien dos formas de leer como de bailar. Los bailarines de uno se chapuzan en un tema y los otros en un desarrollo melódico. Importa, pues, saber que a cada sesión de lectura algo se abre y algo se cierra formalmente enmarcado por la voluntad del autor, algo que concierne a Pantaélica y a los adventicios personajes que pueden pasear por ella. Asimismo se puede resumir más sencillamente diciendo que es novela y libro de historias a la vez.

A pesar de todo, han sido necesarios treinta años —toda la vida de un hombre joven— para que sus temas densificados, comprimidos, acumulados, aunque siempre «accesorios» e independientes, en cierto modo desconectados entre sí, produzcan fielmente esta impresión de no leer una novela, ni recorrerla para llegar a su final, sino la de «estar en ella» por el tiempo que le quiera marcar el lector, con retornos o adelantos reflexivos sobre la condición maligna o mágica del mundo, además de un recreo en el esmero de la página, que tuviera a ser posible la impersonal prosopopeya de los clásicos. Esos clásicos fervorosamente envidiados por los vanguardistas. ¡Un poco también de arte por el arte! Al final, todo ha de pasar. ¿Por qué no permitirse en este terreno cualquier tentación, incluso la de mirarse el ombligo? En suma, es un terreno de juego y de evasión que sólo la literatura nos puede procurar.

Francisco Nieva

PRÓLOGO

¿QUÉ es Pantaélica? ¿Dónde está Pantaélica? Veamos, ante todo, en qué consiste el viaje a Pantaélica, topónimo que parece aludir, por su etimología, a un deslumbrador país o ciudad de todos los soles. Es el caso que un joven ha vivido, hasta su adolescencia, lejos del vórtice del mundo; de él le llegan sólo reflejos, ecos tenues, un presentimiento de mudanzas y extrañezas que se manifiestan ya en percances de su existencia cotidiana, en cabos sueltos, en barruntadas y turbadoras ambigüedades. Más helo aquí que se dispone a correr mundo, a salir al encuentro del mundo mismo, a viajar a ese lugar para él enteramente nuevo y desconocido que los otros llaman Pantaélica, en el que conocerá el pasmo, la embriaguez, el pánico, la mórbida seducción y la final futilidad mortífera de la vida adulta. Este joven puede ser el Cándido de Voltaire, acaso en la prosa castellana del abate Marchena: su viaje es, como la trayectoria de Cándido, un recorrido por parajes apenas más que apuntados en trazos o pinceladas esenciales (no es paisajismo romántico), que encierra una parábola moral. Este joven podría ser también el protagonista atónito de Manuscrito encontrado en Zaragoza, la caleidoscópica y genial novela de Potocki

(que, como nuestro viaje a Pantaélica, es una multiplicada caja de sorpresas, cuando no caja de Pandora).

Mas, puesto que es español, este joven bien puede ser Francisco Nieva, natural de Valdepeñas, que vivió en París y en Italia a un tiempo en el mundo de la alta sociedad, en el del teatro y en el de las artes plásticas, y a su regreso —es decir, hace unos treinta años— emprendió la redacción, hoy felizmente terminada, de esta magna novela. Pocas eludas dejan, a este respecto, ciertas frases, que me permito ahora citar, de una reveladora carta suya sobre la presente obra: «En ella pasan trascendidos mis tiempos en Italia —en Venecia, Roma o Palermo— y el cúmulo de gente extravagante y pintoresca que conocí, entre la que abundaban muchos condes falsos. Mi interpretación es muy deformante. Me estimuló mucho el estudio que hice en Palermo de “Villa Palagonia” y del tipo y costumbres de su dueño a finales del siglo XVIII, así como la lectura de algunos viajeros ingleses en Sicilia en el mismo siglo y, al otro extremo, mi descubrimiento de Raymond Roussel. Todos nos hacemos una familia literaria». Y añade: «La novela se empezó cuando todavía yo era joven... Concentra una experiencia de vida y una visión un tanto “apocalíptica” de la sociedad». No es, pues, ilegítimo leer El viaje a Pantaélica como un esperpento valleinclinenco que configura una metáfora y balance moral de todo cuanto, vivido por el autor, lejos de ser materia bruta de su escritura, se convierte en punto de partida de una elegante, audaz e inteligentísima construcción literaria autónoma. Podemos decir, pues, que Pantaélica es el mundo, no sólo ya el mundo exterior, sino lo que en cada uno de nosotros suscita la experiencia del mundo: resulta así lícito leer este libro como una novela de aprendizaje, como la historia de unos ritos de iniciación, casi con tanto susto, éxtasis y enigma como los misterios de Eleusis; los ritos que a todos nos depara el tránsito maravillado, aleccionador y agrídulce de la adolescencia a la edad adulta.

Vivir es aprender qué cosa ha sido vivir: no otra enseñanza descubrió Alonso Quijano, o el protagonista del ciclo narrativo de Proust. Si la prosa, tan inventiva y castiza, de Nieva

puede contener ecos cervantinos, y si cervantino es también su gusto por los trampantojos, por el juego de identidades o por las estructuras narrativas que sabia y jocundamente se entrelazan e impugnan o se complementan, y cervantina también su fascinación por la soñada Italia de Ariosto, es en cambio proustiano no poco del descuadernado y apergaminado mundo de gárgolas aristocráticas que aquí se nos muestra; mas se trata —y nada hay en ello de contradictorio, aunque sí de inhabitual— de un mundo proustiano descrito con la escritura jubilosamente bárbara de un Alfred Jarry, pues imposible es no acordarnos de Ubu rey y su corte burlesca y brutal. Muy lejos todo ello, o muy distinto en acento, timbre y tono, de la mayor parte de cosas que aquí y ahora se escriben; por derecho propio, inscrito en la estirpe literaria, particularmente fecunda, que prohijó ya la explosión imaginativa y verbal del teatro de Nieva, ciclo literario que ahora parece punto menos que cerrado ya por el autor, quien se adentra derechamente —volviendo, en realidad, a su impulso inicial— por los vericuetos de la narrativa, con tanta posibilidad de entusiasmo y maravilla como la de quien emprende un viaje a Pantaélica. De los portentos y hallazgos, de la agudeza y arte de ingenio, de la inventiva verbal de Nieva, poco me cumple decir que no sepan quienes conocen su obra anterior; quienes por vez primera a esta escritura hoy se asomen, sin previo conocimiento de ella, repetirán, a no dudarlo, la gozosa sorpresa con que unos felices pocos, ya que no ciertamente a este respecto poco felices —y me es imposible no recordar entre ellos, ante todo, a Vicente Aleixandre, que pronunció el «ábrete, sésamo»—, tuvimos noticia de las primeras piezas de Nieva y en aquellos textos insólitos descubrimos ya al escritor de cuerpo entero que hoy firma El viaje a Pantaélica.

PERE GIMFERRER

Barcelona, 1 de diciembre de 1991

ENTRADA

HE AQUÍ una novela del mundo grande e indomable, que a todos «nos espera» fuera, donde quiere significarse todo el asombro, la complacencia, la contrariedad, el horror, la admiración y también la gozosa plenitud de las sensaciones que éste nos deja.

Su recurso es trasponer el relato a la clave resumidora y simbólica del sueño, pues cuanto nos pasa nos está pasando siempre «ahora» mientras vivamos. Es igual que traslademos imaginariamente la acción a siglos pretéritos. Todo está presente y al mismo tiempo. Cualquier semejanza con la actualidad está justificada. Todo está soñado, pero es real. El sueño sólo enfatiza lo real, incluso lo manipula, pero no lo anula jamás.

El joven caballero Cambicio de Santiago emprende un largo viaje a la legendaria isla de Pantaélica y todo cuanto se encuentra no es más chocante y extraordinario que la realidad misma a la que, acostumbrados cotidianamente, no prestamos la atención que, de otro modo, nos espantaría, sorprendería, contentaría o nos haría enloquecer de irresolución. Entra en contacto con los otros, con unos semejantes que son distintos y tiene que admirarlos y sufrirlos, a ser posible con el buen ánimo del que da muestras. Si el mundo no es perfecto, al menos es apasionante para quien tiene ganas de vivirlo y, por lo tanto, dueño de una insaciable curiosidad que jamás llegará a calmar. No hay soluciones, la experiencia no sirve para nada porque la realidad cambia. Este cambio, que en el libro aparece bajo supuestos mágicos, desgraciada o afortunadamente no lo es. Magia muchas veces contrariante es la realidad de Pantaélica.

Un hombre viene al mundo y se encuentra con un factó y con un artefacto, la sociedad, cuyas reglas son tantas y contradictorias, tan vistosas y miserables, de una frondosidad tan intrincada, que ya es bastante si tiene tiempo de dar cuenta de una mínima parte de todo lo creíble e increíble con que se tropieza en su trayectoria. De hecho, el mundo y la vida, todo parece creado pero increíble.

El avisgado caballerete Cambicio de Santiago es el caballero cambiante bajo el embate «novelesco» y terrible del mundo. Todo empieza a juzgarlo como si la vida —estamos supuestamente al final del siglo de las luces que engendra su contradicción en el romanticismo, dos formas que, unidas, causan el estupor de la vida misma en su paradoja— fuera cosa que pudiera ordenarse al menos interiormente por la razón. Pero un abate toscano que ha sido amigo y discípulo de Cagliostro —un imaginativo enredador y vividor— lo saca de sus casillas para trasladarlo a las interminables casonas y palacios de Pantaélica, donde la contradicción, el temor y la gloria del mundo se dan magnificados y exagerados al extremo. Sus situaciones se parecen mucho a las del mundo real, tomado literalmente como un sueño, donde no hay orden moral alguno y donde lo absurdo lo explica todo —o no lo explica— según su dogma absurdo, para lo cual sobran todas las explicaciones. Que, sin embargo, se dan y muchas veces las escuchamos o padecemos como un cuento —o un sueño— tedioso o entretenido que no lleva a ninguna conclusión.

Cambicio termina perdiéndose en la inexplicable realidad del mundo, de Pantaélica, y nos deja sólo un rastro de relatos fantásticos urdidos en un supuesto «diario secreto», que es, a fin de cuentas, un centón que puede abrirse por cualquier parte, volver atrás, leer antes el final que el principio. Todo es cuestión de aficionarse a su clima y al género de distracciones o reflexiones que éste nos suscita. No hay trama cerrada sino infinitas tramas que denotan la variedad inagotable de la vida, su tejido cotidiano, su piel novelesca, su interior siempre arcano. Algunas semejanzas conceptuales con el videoclip y el cómic popular no son extrañas a su propósito, pues engendran lo verdaderamente folletinesco y fantástico de nuestro tiempo, una cierta puerilidad esencial para conformar un simple libro de entretenimiento, ni siquiera novela sino venero de novelería.

EL VIAJE A PANTAÉLICA

Diario secreto del caballero Cambicio de Santiago

Año de gracia de 1787

I. Primer día

HE AQUÍ que, al comienzo de un importante acontecimiento que de seguro ha de cambiar el curso de mi vida, me propongo escribir un «diario» en el que, paradójicamente, no consigne Las fochas, ni incluso el día, salvo que aquel lunes o aquel viernes o aquel otro día de la semana tuvieran significación muy especial para mí. Ello saldrá, si llega el caso. Mas ¿por qué pienso hacerlo así?

Aún era un adolescente cuando también, en fechas en las que preví otro cambio, entonces menos serio —pero al que le daba no poca importancia— me puse a escribir un diario, en el que durante meses de fijar encendidas y bobas emociones desdeñé detalle tan elemental, además de que ni siquiera escribía a diario. A veces dejaba pasar unos cuantos días y luego hacía el resumen de lo acontecido en ese lapso. ¿Pensaba que me iba a acordar?

Al cabo de unos meses lo dejé y casi me olvidé de él. Pero una vez, cuando ya había pasado mucho tiempo, lo volví a tomar y, como es de suponer, me confundió.

Estaba claro el año y el día que lo comencé. Lo decía, como ahora, en el encabezamiento. Pero «¿cuándo pasó esto o aquello, qué día del mes? ¿Era martes, era sábado?», me preguntaba. A veces, se notaba que, entre unos y otros bloques divisorios correspondientes a cada sesión de trabajo, podían haber pasado varias jornadas, aunque yo mismo

no supiera cuántas. Entonces, para distinguirlos mejor les di un título a cada uno —incluyendo un número de capítulo— como lógico resumen de su contenido, procedimiento por el cual mi diario adquirió una bella apariencia de novela. Con poco esfuerzo a mi favor. Siguiendo ese procedimiento, sin el menor gasto de imaginación, se podría empezar un diario como una novela que se escribiera sola. Exactamente como la propia vida, cuando se le añade la enjundia de un marco.

La propia vida parece, pero no es una novela. Aunque sí he encontrado un recurso para disfrazarla y fingirla, enfatizando así mi vida personal, sin mentira ni falsedad. Nada diré que no sea verdad, aunque adopte el mismo sistema, pero me complacerá mucho que más tarde, por obra de este modestísimo hallazgo, me llegue a parecer «una invención». Soy un hombre en contradicción con mi tiempo y pienso que cuanto menos se parezca el arte a la vida, mejor.

Y comienzo:

2. Un proyecto de matrimonio

ESTA tarde, antes de la cena, mi tío y el abate me han procurado una gran sorpresa. Como tantas veces, el abate se ha puesto a hablar de Pantaélica y de las altas e influyentes amistades que tiene allí.

—Un caballero de muy altas prendas es sin duda el conde Jorbatán Orla de Picavea, llamado el Cabriconde.

—Es un sobrenombre gracioso. ¿A cuento de qué se le llama así? —No es por causa baladí. Ya verás: el conde Orla no niega con su facha ser un gran señor; es apuesto aunque ya no joven. Ha tenido una gran fortuna y la ha dilapidado con mujeres y en fiestas gran turquescas fuera de su patria, en cortes donde se consagran los mis grandes pecados. Pero aún le deben quedar restos de ella. Se casó con donna Perlata de Fontevecchia, dama de alto rango y muy devota, muy espiritual y evaporada. Tuvo tres hijas, muy distinguidas pero feíllas, es lo menos que se puede decir. Es una gran familia.